



MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 • Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 6 DE ENERO DE 1962

NUM. 106

Depósito legal: M. 1.052.—1958

§ TRIBUNA LITERARIA §

LARRETA Y SU NOVIA PARA SIEMPRE

JUAN ANTONIO CABEZAS

"Es tan fuerte mi amor por Avila, tan vehemente, que hasta llego a imaginar que un día habré de reposar en algún arrabal, muy arriado a sus muros."

ENRIQUE LARRETA

La noticia de la muerte, en Buenos Aires, de Enrique Larreta me ha conmovido por inesperada y me ha sorprendido, como ocurre siempre que sentimos cerca el roce de la fatalidad. Ciertamente, no puede decirse que la vida de Larreta fuese una vida malograda. Bien lograda fue y bien lleno de contenido nos deja su tiempo vital. Pero aunque así sea, el apagarse de un gran espíritu, la marcha hacia la otra orilla de un ser de excepción, cuyos pensamientos y sueños hemos compartido desde la juventud, siempre conmueve dolorosamente nuestra sensibilidad.

Hace poco más de dos años me encontré con Larreta en Madrid. Venía de su Buenos Aires, recién sacudido por el vendaval de una perturbación política. El escritor hablaba de ello con serenidad. Como hombre liberal que era y de buen espíritu, estaba convencido de que "los males de la libertad se curan con la propia libertad". Era una soleada tarde de primavera madrileña cuando nos trasladamos, en compañía de otro amigo, hasta el pueblo de Guadarrama. Ibamos a satisfacer una curiosidad del escritor: conocer el colmenar de unos apicultores amigos, que habían logrado el procedimiento para extraer de la colmena esa misteriosa "leche de las abejas", que los apicultores llaman "jalea real".

Por aquellos días se hablaba mucho de la jalea real como una panacea curativa, y el ilustre escritor, que, muy cerca de lo oche-

ta, se sentía decaer de su gran fortaleza física, deseaba probar ese original producto de las abejas, que inútilmente se ha querido convertir en una droga del rejuvenecimiento. Sueños de los hombres de ciencia en su afán de luchar contra la más triste maldición que pesa sobre la humanidad: el envejecimiento inexorable.

Aquella tarde, camino de Guadarrama, tuve la impresión de que estaba celebrando mi última conversación con el autor de "La Gloria de don Ramiro". Tenía buen aspecto. Los bigotes entrecanos, un poco más caídos. Pero aún conservaba enhiesta su arquitectura, al borde de los ochenta años. Pero comprendí que su viaje a España era un viaje de despedida. "Pensaba acercarme a París—me dijo—, pero he cambiado de idea. Allí me encontraría demasiado solo. Ni uno de mis amigos de otros tiempos sobrevive. París sería para mí ahora como un gran "Pere Lachaise", lleno de tumbas de amigos." Después agregó, reanimándose de pronto: "Pasado mañana me voy a Avila. Quiero ver después de los años a mi novia de piedra. Por los caminos de Avila anda siempre Teresa. Yo quiero

seguir sus pisadas sobre la misma tierra. Contemplar otra vez los mismos horizontes que vieron sus ojos."

Uno tiene la impresión de que Larreta, el discreto enamorado de la ciudad de Avila, experimenta esa emoción o ilusión amorosa que lo hace vivir fuera de sí y del tiempo en que vive. Esa "gracia viva que solo como certidumbre interna pueda sentirse", en decir de Spengler.

No es el de Larreta el único caso de un escritor o poeta que se enamora de una ciudad, la corteja durante mucho tiempo y al fin llega como a desposarse con ella. Entonces la ciudad amada se convierte por un milagro de la fantasía en receptáculo fecundo del genio amante. Y de esa poética unión nace un libro—novela, crónica o poema—, que da gloria imperecedera al artista enamorado. Y a su vez la ciudad escogida, en virtud de esta facultad de exaltación del amante para el objeto de su amor, pasa del mapa geográfico y vulgar de los atlas al mapa poético y universal. De olvidada capital de provincia, a capital de distrito literario en la geografía de lo maravilloso.

Tal fue el caso de la ciudad de Avila y el novelista argentino Enrique Larreta. Pues aunque las piedras medievales de la ciudad castellana estaban ya transverberadas por la gloria divina y humana de Santa Teresa, no son pocos los millones de seres que en los últimos treinta años han vivido espiritualmente en su recinto, merced a las páginas magistrales de "La Gloria de don Ramiro", fruto sazonado del amor de Larreta por la ciudad "de los Santos y los Caballeros".

CECRISINA

Vitamina C
purísima
cristalizada



LAS PALABRAS QUE TRAEN SOLEDAD

DANIEL SUEIRO

Larreta había nacido en la tierra austral de las anchas pampas. En aquella pampa "escueta, espiritada y anhelosa, con un trozo ideal de horizonte, y su belleza casi incorpórea, lírica, abstracta", como él mismo la describiera. Había nacido en la dolorida geografía de su "Zogoibi", el personaje tan silvestre, espiritual y eterno. Pero tenía Larreta una de sus raíces biológicas enterrada en los verdes valles de Vasconia, esa tierra del Norte de España que conserva siempre, bajo su verde y húmeda piel de hierba, un doble enigma étnico y fisiológico, aún no descifrado.

Y desde su pampa gaucha—es decir, noble—, el hijo de la América austral soñaba con la meseta castellana, con el solar y la soleira—piedra, historia y espíritu—de su raza. Y soñando un escenario para su obra, Larreta se enamoró de Avila, como sucede con los grandes amores, antes de conocerla.

Fue en el año 1902 cuando el joven y discreto enamorado hace su primera tímida visita a la ciudad castellana, cuyas piedras están purificadas por el frío aliento de la sierra cercana, por ese espinazo carpetovetónico de Gredos. El ilusionado amador llegó una tarde a la orilla del río Adaja, espejo en que la ciudad se mira desde lo alto de su otero. Se fue acercando a la muralla, en esa hora crepuscular, la más propicia a los dulces amores. En esa hora en que las piedras medievales de Avila parecen transustanciadas por la luz dorada de la meseta en torno. Se acercaba el poeta tembloroso de una emoción desconocida. Intuía o adivinaba—en el amor siempre hay milagro—lo que iba a ocurrir allí. Desde aque-

Hablar con la gente es, a buen seguro, la forma más elemental, y no sé si también la definitiva, de sociabilidad. Hablarse es comunicarse con otro. Y conversar, si no es convertirse en otro, al menos se acerca mucho a ello: es verse en o hacia otro.

La palabra, para hablarla, no puede haber sido depositada en la boca del hombre—ninguna otra boca de animal la tiene o la conoce—por puro capricho. Obedece a un plan. La palabra, si no es el verbo, se le parece.

Así ocurre que, a mi juicio, la palabra es algo tan fundamental y necesario para vivir—o sobrevivir—como el pan, el agua o el aire, de modo que seguramente en la creación de este mundo estuvo previsto el rodar constante e inacabable de la palabra junto al discurrir de las aguas en los cauces de los ríos y el ondular de las mieses en las praderas, bajo el viento.

lla primera visita, Larreta y Avila se amaron para siempre. A los ojos del poeta enamorado, la recatada y amurallada ciudad va descubriendo encantos desconocidos e irresistibles. Las calles empinadas de inverosímil geometría de la Abula visigótica y romana, de la Avila castellana y medieval, le ofrecían el secreto de sus piedras y el espíritu de la historia. Seis años—confesará Larreta con orgullo—soñó el poeta con Avila y con los personajes de su novela: con "Ramiro", con "don Iñigo", con doña "Guiomar", con

En el reparto del don de la palabra, en contra de lo que ocurre en el de otros dones o bienes, no debió haber lugar para la existencia de hambrientos. Ni los mudos, con no hablar, pueden tener hambre de palabras en el fondo esencial de las cosas y en el sentido último, más claro o más oscuro, que tiene la vida.

Hablar—o sea, conversar, dialogar—es un modo radical de evadirse de la soledad y entrar en compañía y sociedad. Y más que hablar, quizá, dejar hablar.

Conversación es lo mismo que contacto o comunicación; diálogo es lo mismo que razonamiento, ánimo de un acuerdo, lucha por una identificación.

Tal debe ser, al menos, el sentido histórico, biológico, filosófico y final de las palabras: de las palabras dichas para ser oídas, de las palabras vertidas y convertidas.

Ortega habló repetidamente de

"Diego Franco" el campanero, con la bella "Aixa", con el "canónigo Vargas". Seis años soñando y viviendo su libro, sin apartar el pensamiento y la fantasía de su amada ciudad de piedra y espíritu. Larreta y Avila se adoraban con esa fuerza que da la distancia a las pasiones fuertes y verdaderas. Poco a poco, el poeta y la ciudad se fueron entregando mutuamente su sueño...

Cuando muchos años después, un Larreta maduro y cargado de glorias literarias vuelve a la ciudad de Avila, ¡con qué cariño va reconociendo cada recodo de sus calles! Recibió homenajes, habló en el recinto amurallado de Avila, pero sus palabras rezumaban un secreto dolor. El poeta comprende que para él han pasado los años. Se encuentra viejo y cansado. Mira de nuevo a la ciudad amada y, ¡oh, milagro!, Avila no ha envejecido. Sigue tan antigua y tan eterna... ¿Qué suponen setenta, ochenta años en los nueve siglos de sus murallas de piedra y de luna?

Por eso creí adivinar en las palabras de Larreta una tristeza dolorosa. Era el "¡Juventud, divino tesoro!" Era la despedida de dos amantes hasta la eternidad. Por eso habló él de reposar arrimado a sus muros para siempre. Era una romántica aspiración de fiel enamorado.

MODERNO PRODUCTO DE GRAN EFICACIA
INCORPORADO AL TRATAMIENTO DE LAS NEURISIS Y PROCESOS PSICOSOMATICOS



TRUXIL

Grageas

Vial

Supositorios

